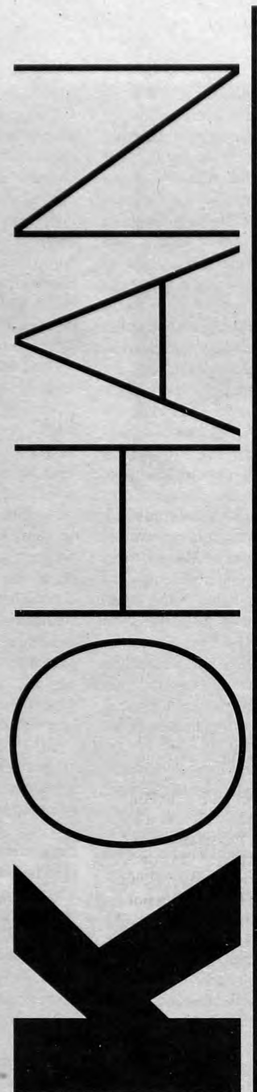
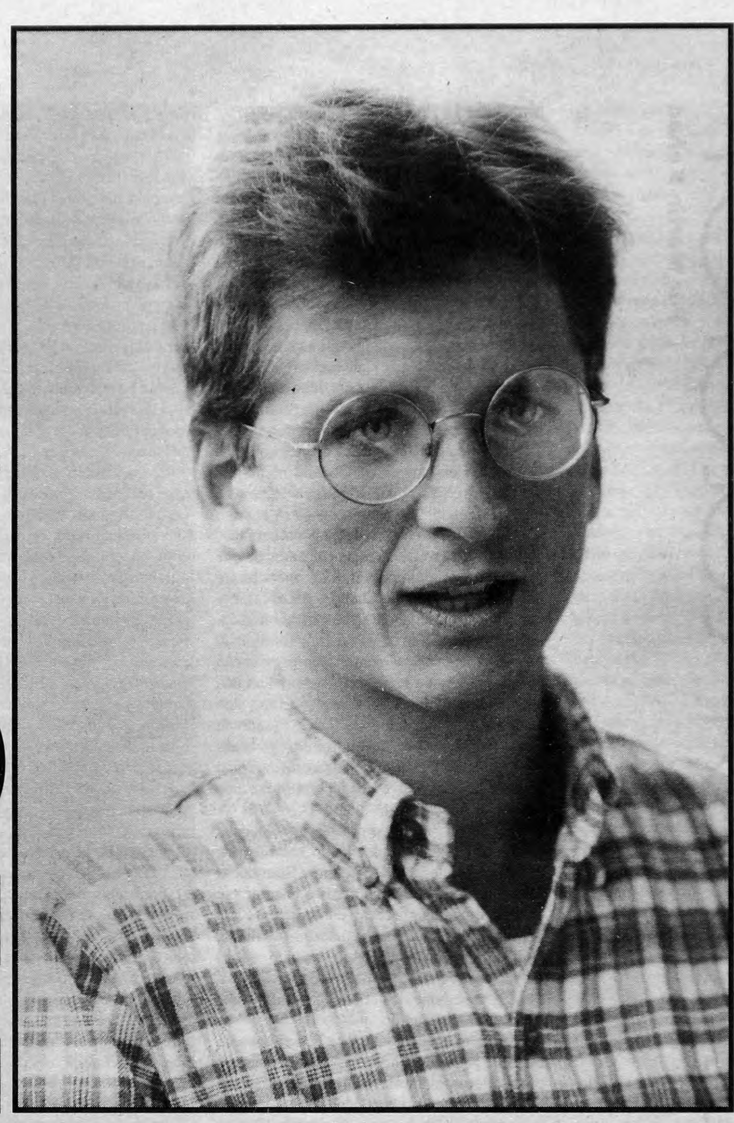




Idas y vueltas de José de San Martín

Remedios de Escalada nació en 1797 y murió en 1823. Vivió por lo tanto sólo 26 años, y probablemente fueron apenas dos hechos los que la instalaron para siempre en la historia patria e hicieron que al menos una escuela del territorio nacional lleve su hermoso nombre: se casó en 1812 con José de San Martín, y al año siguiente nació Merceditas.

José de San Martín nació en Yapeyú, pueblo entonces de las Misiones, hoy incluido en la provincia de Corrientes, el 25 de febrero de 1778. Su padre, español, era allí teniente de gobernador. Su familia llevó consigo al pequeño José a la península, y a los diez años ingresó en el Real Seminario de Nobles de Madrid, donde recibió instrucción militar. Dos años después se incorporó al Regimiento de Murcia y combatió en Africa durante el sitio de Orán. San Martín tenía 21 años cuando España se alzó contra Napoleón, que pretendía imponer un cambio en la dinastía reinante. Pasó entonces a Cádiz y luego a Sevilla, donde entró a formar parte del ejército de Castaños. Cuando tuvo noticia de la revolución del Río de la Plata decidió prestarle su apoyo. Pasó entonces a Londres, donde entró en contacto con grupos de hispanoamericanos partidarios de la emancipación, y de allí emprendió viaje a Buenos Aires. Llegó en marzo de 1812, y pocos días después el Primer Triunvirato le reconoció el grado de teniente coronel y le encomendó la tarea de organizar un nuevo cuerpo, el de Granaderos a Caballo, cuya disciplina y tácticas recogieran las lecciones de las guerras revolucionarias napoleónicas. Durante meses San Martín instruyó a sus reclutas en el Retiro.

En 1822 San Martín se retiró de la vida pública, estableciéndose en Mendoza. Quería estar lo más alejado posible de las luchas internas, y creyó que mientras permaneciese en su patria eso le resultaría imposible. Marchó entonces a Europa acompañado de su hija Mercedes, para volver al Río de la Plata recién en 1829. Pero su patria seguía envuelta en la guerra civil, y San Martín volvió a alejarse de ella, sin desembarcar porque "hacerlo lo obligaría a tomar posición por un bando o por otro".

En abril de 1877 el presidente Nicolás Avellaneda dirigió al pueblo de la república un manifiesto destinado a promover un gran movimiento nacional para repatriar los restos de San Martín. El 28 de mayo de 1880 es la fecha en que los restos de José de San Martín, muerto en Boulogne Sur Mer el 17 de agosto de 1850, son repatriados a bordo del buque de guerra "Villarino". El buque atracó primero en Montevideo, y luego cruzó el Río de la Plata entre salvas. Ese día fue declarado feriado nacional. Al bajar el féretro, Sarmiento pronunció en el muelle uno de sus más acalorados discursos en nombre del gobierno y el pueblo argentinos. El cortejo se desplegó hacia la plaza San Martín, donde lo esperaban el presidente y sus ministros. Al pie del monumento hablaron Avellaneda y el ministro del Perú, Evaristo Gómez Sánchez. Desde entonces sus restos descansan en la Catedral de Buenos Aires.

Presentación de Guillermo Piro.

El libertador

Por Martín Kohan

Marzo de 1812. Primer desembarco

Parecía una noche de enero, y no de marzo: usted recordará, el año pasado el calor no se acababa más. Ni siquiera refrescaba un poco cuando caía el sol, no corría la más leve brisa ni siquiera junto al río. Si acaso por un instante lograba una olvidarse algo del calor que hacía, los perros de la casa, echados en el patio, la lengua seca y colgante, se lo recordaban. De a ratos se oía tan sólo el leve zumbido de los abanicos agitados; cada tanto, una queja, o un vaticinio de lluvia en el que nadie creía.

Se diría que nada iba a ocurrir en una noche semejante. Pero en tiempos de revolución, usted lo sabe, siempre puede suceder algo, y éstos son tiempos de revolución. Incluso en las horas más aletargadas, cuando todo, menos los grillos o las chicharras, está en silencio, se sabe que, en algún lugar, alguien conspira y alguien sospecha, alguien oculta y alguien traiciona.

Esa noche, como otras tantas, antes de que concluyera la reunión familiar, me declaré cansada, agotada por el sueño y por el calor, y con un gesto ausente me retiré a mi habitación. Usted conoce la casa de mi familia, y probablemente haya reparado en el pequeño jardín que hay en la parte posterior. Son dos los cuartos que tienen salida a ese jardín y uno es el que yo ocupaba por entonces. Pasado un rato, todos me creían dormida, y acaso deslizaban algún comentario sobre la fragilidad de mi temperamento: es lo que siempre se dice cuando se habla de mí.

Yo, sin embargo, no dormía: me quedaba junto al ventanal, entre las cortinas blancas, esperando la llegada de Federico. Eran pocas las noches en las que no venía a encontrarse conmigo; algunas veces, en todo caso, se demoraba un poco, llegaba jadeando y saltaba, sigiloso, la tapia del fondo, cuando yo ya empezaba a pensar que me quedaría sin él. Y es que, ya se sabe, los criados no son dueños ni de su propio tiempo.

Ahora que usted sabe que Federico es un criado, y puedo, además, si le interesa, precisarle que es uno de los criados de la familia Olazábal, no tiene ya necesidad de preguntarme la razón por la que nos encontrábamos en secreto, ocultándonos de toda mirada. No siempre trae ventajas ser una niña de sociedad como yo lo soy; cuando pienso en Federico, y casi no hay hora en la que no piense en él, quisiera ser, también yo, nada más que la criada de alguna distinguida familia porteña, como la mía, y no tener que guardar tantas formas y tantas apariencias.

Pero esa noche Federico no demoró en llegar; por el contrario, poco tardó en aparecer entre las sombras de las ramas del sauce que hay al final del jardín: casi llega antes que yo misma. No podía, sin embargo, me dijo, quedarse conmigo más que unos minutos. Yo no le pregunté por qué, no le corresponde a una mujer hacer esa clase de preguntas; si él me contó lo que pasaba fue porque creyó necesario justificarse, o porque sabía que iba a vivir algo importante y sintió el deseo de confesarlo. Como usted se imaginará, se trataba de un asunto secreto; yo misma recién ahora puedo revelarlo, y aun así, si lo hago, es porque doy por descontada su más absoluta discreción.

Rivadavia, me dijo Federico esa noche, quería hablar con él. Lo digo ahora con las palabras con las que él lo dijo en aquel momento, exagerando, evidentemente, su propia importancia: un secretario de gobierno no le pide entrevista a un oscuro criado de quince años de edad. Las cosas no eran exactamente así. Con quien Rivadavia había hablado era con don Anselmo Olazábal: fue a él a quien confió sus sospechas y sus planes.

Para ejecutar esos planes hacía falta un muchacho despierto pero discreto, en el que nadie reparara, que pudiese ver sin ser visto, que lograra averiguar e informar sin llamar la atención de nadie. Fue don Anselmo el que pensó que lo mejor era encomendar esa tarea a un criado de confianza: en una ciudad pequeña como Buenos Aires, un criollo nunca pasa desapercibido. Fue don Anselmo, también, el que determinó que no había criado más confiable que Federico. Sólo así llegó Federico a entrevistarse con Rivadavia. La entrevista fue secreta y ocurrió en la propia casa de Rivadavia, esa noche tan calurosa del mes de marzo.

La historia es conocida: una fragata que provenía de Londres estaba por llegar al puerto de Buenos Aires; faltarían, a lo sumo, dos días o tres para el arribo. Eran varios los patriotas que venían a bordo de esa fragata; usted lo sabe, porque algunos de ellos gozan ahora de su apreciable amistad. Pero a Rivadavia, de todos ellos, uno le interesaba en particular: un coronel español que, se decía, y ahora se sabe, tenía una extraordinaria capacidad militar. Si lo nombro como español es porque hablo como habló Federico aquella vez, cuando después de entrevistarse por fin con Rivadavia, en nuestro encuentro siguiente, me contó por qué razón lo habían llamado. Pronto supimos que San Martín no es español, sino misionero, y que si bien inició en España su carrera militar, es tan americano como usted o como yo.

Rivadavia, nadie lo ignora, lo recelaba: tenía, y acaso tiene, sus sospechas sobre él. No es el único, por otra parte, que lo cree un agente doble. Yo no juzgo estas actitudes, me limito a decir, y lo hago en un sentido amplio, que no es con celos mezquinos ni con rivalidades personales como se ganará esta guerra.

La idea de Rivadavia fue la siguiente: convertir a Federico en una especie de ayudante de San Martín. No su edecán, ni su secretario, pues el propio coronel habría de elegir a sus colaboradores de más confianza, sino apenas uno de los tantos ayudantes, uno entre otros, que estarían siempre cerca de él, aunque sin ser notado nunca por nada en particular. Eso es lo que ha hecho Federico, del modo más secreto, como usted comprenderá, a lo largo de todo este difícil año que ha pasado: estar siempre en torno del coronel San Martín, y registrar, con discreción pero con minuciosidad, cuáles eran sus actividades, sus encuentros y sus salidas, con quiénes dialogaba y a quiénes escribía. Pregunte usted por Federico a cualquiera de los oficiales del regimiento de granaderos, y es seguro que ninguno habrá reparado en él; pero, por eso mismo, es gracias a él que pudo Rivadavia saberlo todo desde el día en que esa bendita fragata llegó de Europa, hasta hoy, que acaba de ganarse la batalla del convento de San Carlos, y aun los más desconfiados empiezan a creer en San Martín.

Nunca fueron fáciles mis encuentros con Federico: siempre necesitaron el amparo de la noche. Su condición y la mía (debo decir: la disparidad entre su condición y la mía) nos obligaba a la furtividad. Pero las cosas se complicaron bastante más desde el momento en que Federico comenzó a actuar según las instrucciones de Rivadavia; para estar cerca de San Martín, debió abandonar la casa de la familia Olazábal y prácticamente vivir en el cuartel del Retiro. Podía salir, sí, pero no muchas veces, y no necesariamente durante las noches. Yo nunca sabía cuándo iba a verlo y cuándo no.

Estas dificultades, como usted comprenderá, lejos de atemperar nuestros sentimientos, no hicieron más que ahondarlos. Pasaba yo largas horas pensando en Federico durante su ausencia, preguntándome cada noche si vendría o si no vendría. Y si finalmente el cielo empezaba a clarear sin que él se hubiese presentado en mi ventana, en el dolor y en la añoranza aumentaba mi amor por él. Nos veíamos, pese a todo, porque a veces no había en el cuartel novedad alguna, y Federico obtenía la autorización para partir hasta el día siguiente. Me callo, por pudor, si usted así me lo permite, los detalles de la pasión de nuestros encuentros; diré solamente, y será con eso bastante, que más se ama cuanto más se sufre, y que no es bueno prohibir un amor si lo que se quiere es mitigarlo.

La vida del coronel San Martín no transcurría exclusivamente en el cuartel del regimiento de granaderos, si bien ésa era la misión que el gobierno le había encomendado y ésa era, por lo tanto, su ocupación principal. El coronel frecuentaba también los salones de la sociedad porteña, advirtiendo, no sin lucidez, que adiestrar a sus soldados en el uso del sable y en la estrategia militar era tan importante como promover el trato con la sociedad criolla y ganar en ella prestigio y confianza. No habrá olvidado usted, seguramente, la noche en que, en la casa de Sánchez, conocimos la canción patria que había compuesto el brasileño aquel: San Martín estaba esa noche entre nosotros, y no fue de los menos entusiastas al oírla. Aun así, las sospechas sobre él no terminaban de ceder: se juzgaba increíble la repentina decisión de levantar sus armas contra el rey, a quien hasta poco antes había defendido con riesgo de su propia vida.

Como persistía la desconfianza, Federico continuaba con sus funciones de espía, comunicando quiénes acudían al cuartel para entrevistarse con San Martín, quiénes le escribían y a quiénes les escribía él. Por la misma razón, la del recelo sostenido, continuaba San Martín frecuentando los salones de las más importantes familias de Buenos Aires, hasta hacerse famoso y confiable. La casa de mi familia lo recibió también, desde luego, y no peco de vanidad si digo que fue una de las primeras en contar con su presencia. Era, lo recuerdo, una noche de viento y de lluvia cuando él vino; esa noche el coronel San Martín me conoció.

Hubo alguien, no sé quién, y acaso usted lo sepa, que le acercó a San Martín en un determinado momento un consejo por demás atinado. Para ser verdaderamente aceptado por la sociedad porteña no le bastaría con participar de sus veladas, por más que en ellas se mostrara afable y hasta distinguido. Para ser verdaderamente aceptado por la sociedad porteña, le sugirió alguien, estoy segura, y por cierto que no le faltó razón, lo que debía hacer San Martín era casarse con una de las damas de Buenos Aires: una hija dilecta de esa clase a la que quería acceder.

Le confío mi secreto a usted, que sin dudas lo preservará: me sentí muy desdichada cuando

El Libertador

Por Martín Kohan

Marzo de 1812. Primer desembarco

Parecía una noche de enero, y no de marzo: usted recordará, el año pasado el calor no se acababa más. Ni siquiera refrescaba un poco cuando caía el sol, no corría la más leve brisa ni siquiera junto al río. Si acaso por un instante lograba una olvidarse algo del calor que hacía, los perros de la casa, echados en el patio, la lengua seca y colgante, se lo recordaban. De a ratos se oía tan sólo el leve zumbido de los abanicos agitados; cada tanto, una queja, o un vaticinio de lluvia en el que nadie creía.

Se diría que nada iba a ocurrir en una noche semejante. Pero en tiempos de revolución, usted lo sabe, siempre puede suceder algo, y éstos son tiempos de revolución. Incluso en las horas más aletargadas, cuando todo, menos los grillos o las chicharras, está en silencio, se sabe que, en algún lugar, alguien conspira y alguien sospecha, alguien oculta y alguien traiciona.

Esa noche, como otras tantas, antes de que concluyera la reunión familiar, me declaré cansada, agotada por el sueño y por el calor, y con un gesto ausente me retiré a mi habitación. Usted conoce la casa de mi familia, y probablemente haya reparado en el pequeño jardín que hay en la parte posterior. Son dos los cuartos que tienen salida a ese jardín y uno es el que yo ocupaba por entonces. Pasado un rato, todos me creían dormida, y acaso deslizaban algún comentario sobre la fragilidad de mi temperamento: es lo que siempre se dice cuando se habla de mí.

Yo, sin embargo, no dormía: me quedaba junto al ventanal, entre las cortinas blancas, esperando la llegada de Federico. Eran pocas las noches en las que no venía a encontrarse conmigo; algunas veces, en todo caso, se demoraba un poco, llegaba jadeando y saltaba, sigiloso, la tapia del fondo, cuando yo ya empezaba a pensar que me quedaría sin él. Y es que, ya se sabe, los criados no son dueños ni de su propio tiempo.

Ahora que usted sabe que Federico es un criado, y puedo, además, si le interesa, precisarle que es uno de los criados de la familia Olazábal, no tiene ya necesidad de preguntarme la razón por la que nos encontrábamos en secreto, ocultándonos de toda mirada. No siempre trae ventajas ser una niña de sociedad como yo lo soy; cuando pienso en Federico, y casi no hay hora en la que no piense en él, quisiera ser, también yo, nada más que la criada de alguna distinguida familia porteña, como la mía, y no tener que guardar tantas formas y tantas apariencias.

Pero esa noche Federico no demoró en llegar; por el contrario, poco tardó en aparecer entre las sombras de las ramas del sauce que hay al final del jardín: casi llega antes que yo misma. No podía, sin embargo, me dijo, quedarse conmigo más que unos minutos. Yo no le pregunté por qué, no le corresponde a una mujer hacer esa clase de preguntas; si él me contó lo que pasaba fue porque creyó necesario justificarse, o porque sabía que iba a vivir algo importante y sintió el deseo de confesarlo. Como usted se imaginará, se trataba de un asunto secreto; yo misma recién ahora puedo revelarlo, y aun así, si lo hago, es porque doy por descontada su más absoluta discreción.

Rivadavia, me dijo Federico esa noche, quería hablar con él. Lo digo ahora con las palabras con las que él lo dijo en aquel momento, exagerando, evidentemente, su propia importancia: un secretario de gobierno no le pide entrevista a un oscuro criado de quince años de edad. Las cosas no eran exactamente así. Con quien Rivadavia había hablado era con don Anselmo Olazábal: fue a él a quien confió sus sospechas y sus planes.

Para ejecutar esos planes hacía falta un muchacho despierto pero discreto, en el que nadie reparara, que pudiese ver sin ser visto, que lograra averiguar e informar sin llamar la atención de nadie. Fue don Anselmo el que pensó que lo mejor era encomendar esa tarea a un criado de confianza: en una ciudad pequeña como Buenos Aires, un criollo nunca pasa desapercibido. Fue don Anselmo, también, el que determinó que no había criado más confiable que Federico. Sólo así llegó Federico a entrevistarse con Rivadavia. La entrevista fue secreta y ocurrió en la propia casa de Rivadavia, esa noche tan calurosa del mes de marzo.

La historia es conocida: una fragata que provenía de Londres estaba por llegar al puerto de Buenos Aires; faltarían, a lo sumo, dos días o tres para el arribo. Eran varios los patriotas que venían a bordo de esa fragata; usted lo sabe, porque algunos de ellos gozan ahora de su apreciable amistad. Pero a Rivadavia, de todos ellos, uno le interesaba en particular: un coronel español que, se decía, y ahora se sabe, tenía una extraordinaria capacidad militar. Si lo nombro como español es porque hablo como habló Federico aquella vez, cuando después de entrevistarse por fin con Rivadavia, en nuestro encuentro siguiente, me contó por qué razón lo habían llamado. Pronto supimos que San Martín no es español, sino misionero, y que si bien inició en España su carrera militar, es tan americano como usted o como yo.

Rivadavia, nadie lo ignora, lo recelaba: tenía, y acaso tiene, sus sospechas sobre él. No es el único, por otra parte, que lo cree un agente doble. Yo no juzgo estas actitudes, me limito a decir, y lo hago en un sentido amplio, que no es con celos mezquinos ni con rivalidades personales como se ganará esta guerra.

La idea de Rivadavia fue la siguiente: convertir a Federico en una especie de ayudante de San Martín. No su edecán, ni su secretario, pues el propio coronel habría de elegir a sus colaboradores de más confianza, sino apenas uno de los tantos ayudantes, uno entre otros, que estarían siempre cerca de él, aunque sin ser notado nunca por nada en particular. Eso es lo que ha hecho Federico, del modo más secreto, como usted comprenderá, a lo largo de todo este difícil año que ha pasado: estar siempre en torno del coronel San Martín, y registrar, con discreción pero con minuciosidad, cuáles eran sus actividades, sus encuentros y sus salidas, con quiénes dialogaba y a quiénes escribía. Pregunte usted por Federico a cualquiera de los oficiales del regimiento de granaderos, y es seguro que ninguno habrá reparado en él; pero, por eso mismo, es gracias a él que pudo Rivadavia saberlo todo desde el día en que esa bendita fragata llegó de Europa, hasta hoy, que acaba de ganarse la batalla del convento de San Carlos, y aun los más desconfiados empiezan a creer en San Martín.

Nunca fueron fáciles mis encuentros con Federico: siempre necesitaron el amparo de la noche. Su condición y la mía (debo decir: la disparidad entre su condición y la mía) nos obligaba a la furtividad. Pero las cosas se complicaron bastante más desde el momento en que Federico comenzó a actuar según las instrucciones de Rivadavia; para estar cerca de San Martín, debió abandonar la casa de la familia Olazábal y prácticamente vivir en el cuartel del Retiro. Podía salir, sí, pero no muchas veces, y no necesariamente durante las noches. Yo nunca sabía cuándo iba a verlo y cuándo no.

Estas dificultades, como usted comprenderá, lejos de atemperar nuestros sentimientos, no hicieron más que ahondarlos. Pasaba yo largas horas pensando en Federico durante su ausencia, preguntándome cada noche si vendría o si no vendría. Y si finalmente el cielo empezaba a clarear sin que él se hubiese presentado en mi ventana, en el dolor y en la añoranza aumentaba mi amor por él. Nos veíamos, pese a todo, porque a veces no había en el cuartel novedad alguna, y Federico obtenía la autorización para partir hasta el día siguiente. Me callo, por pudor, si usted así me lo permite, los detalles de la pasión de nuestros encuentros; diré solamente, y será con eso bastante, que más se ama cuanto más se sufre, y que no es bueno prohibir un amor si lo que se quiere es mitigarlo.

La vida del coronel San Martín no transcurría exclusivamente en el cuartel del regimiento de granaderos, si bien ésa era la misión que el gobierno le había encomendado y ésa era, por lo tanto, su ocupación principal. El coronel frecuentaba también los salones de la sociedad porteña, advirtiendo, no sin lucidez, que adiestrar a sus soldados en el uso del sable y en la estrategia militar era tan importante como promover el trato con la sociedad criolla y ganar en ella prestigio y confianza. No habrá olvidado usted, seguramente, la noche en que, en la casa de Sánchez, conocimos la canción patria que había compuesto el brasileño aquel: San Martín estaba esa noche entre nosotros, y no fue de los menos entusiastas al oírla. Aun así, las sospechas sobre él no terminaban de ceder: se juzgaba increíble la repentina decisión de levantar sus armas contra el rey, a quien hasta poco antes había defendido con riesgo de su propia vida.

Como persistía la desconfianza, Federico continuaba con sus funciones de espía, comunicando quiénes acudían al cuartel para entrevistarse con San Martín, quiénes le escribían y a quiénes les escribía él. Por la misma razón, la del recelo sostenido, continuaba San Martín frecuentando los salones de las más importantes familias de Buenos Aires, hasta hacerse famoso y confiable. La casa de mi familia lo recibió también, desde luego, y no peco de vanidad si digo que fue una de las primeras en contar con su presencia. Era, lo recuerdo, una noche de viento y de lluvia cuando él vino; esa noche el coronel San Martín me conoció.

Hubo alguien, no sé quién, y acaso usted lo sepa, que le acercó a San Martín en un determinado momento un consejo por demás atinado. Para ser verdaderamente aceptado por la sociedad porteña no le bastaría con participar de sus veladas, por más que en ellas se mostrara afable y hasta distinguido. Para ser verdaderamente aceptado por la sociedad porteña, le sugirió alguien, estoy segura, y por cierto que no le faltó razón, lo que debía hacer San Martín era casarse con una de las damas de Buenos Aires: una hija dilecta de esa clase a la que quería acceder.

Le confío mi secreto a usted, que sin dudas lo preservará: me sentí muy desdichada cuando



supe que era yo la elegida para esposa del coronel. Mi padre me lo dijo una tarde, tomando mis hombros con sus dos manos, y yo no pude siquiera sonreír, aunque comprendí que era eso lo que se esperaba que hiciera. Advirtiendo, sin dudas, mi contrariedad, habló mi padre sobre los favores de esa unión: San Martín era un militar prestigioso, llamado a destacarse en la guerra y en la política, correcto en el trato, agradable y prudente. Se esperaba, lo sé, que yo dijera algo, aunque más no fuera por pura formalidad; pero me quedé callada, sin poder alzar la vista. Entonces mi padre agregó que este matrimonio era más que auspicioso para los Escalada, y sin decir nada más, ni esperar que yo lo dijera, se levantó y se fue.

Voy a confiarle, y Dios me perdone, que en algún momento, desesperada por cierto, llegué a imaginar que bastaría con que Federico le advirtiera a Rivadavia que San Martín era un traidor, que lo involucrara en una sorda conspiración que no tendríamos más que inventar, para que la carrera del coronel se estropeara, y en su caída y su desprestigio se acabaran también los planes de matrimonio. Sé que no había futuro para Federico y para mí, pero no por eso conseguía resignarme a la idea de la unión con otro hombre. Federico tenía quince años apenas, y era nada más que un criado: sé que sólo para mí todo eso carecía de importancia.

San Martín estaba urdiendo sus planes, por supuesto, y no precisamente planes que favorecieran a Rivadavia, como quedó más que demostrado después de los hechos que ocurrieron en octubre. Federico registraba sus entrevistas con Alvear, y sabía incluso que había problemas entre ellos. A mí fue poco lo que me contó. Y yo sólo le pregunté si el coronel San Martín estaba traicionando los intereses de la patria, y le rogué que me dijera la verdad. Federico estuvo un rato en silencio y dijo, finalmente, que, según su opinión, la presencia de San Martín era altamente beneficiosa para el progreso del país, y que mucho se perdería si algo lo apartaba de la dirección de la guerra. Bien sabía Federico que nada habríamos de anteponer al interés de la prosperidad de la nación y que, por lo tanto, lo que estas palabras significaban era que yo debía aceptar la decisión de mi padre de unirme en matrimonio con el coronel San Martín, por mucho que esta resolución afectara mis sentimientos, y que no habría denuncia alguna sobre traiciones o conspiraciones, ni reales ni imaginarias.

Tal vez le resulte extraño a usted pensar que un pobre criado, sin más razón que la de amarme, pudo torcer el rumbo de los más cruciales acontecimientos. Nada de eso tiene importancia ahora, sin embargo, porque los hechos ocurrieron tal como debían ocurrir. El 12 de noviembre me casé con el coronel San Martín; usted estaba ese día en la iglesia: espero que me diga que en mi semblante nada de pena se notó. Las mejores familias de la ciudad concurrieron a presenciar la ceremonia, pero todos los criados se quedaron afuera, con los coches y los caballos, en la plaza o junto a la escalinata.

Apenas si he visto a mi esposo desde entonces: todo su tiempo y su esfuerzo se dedican a la preparación del ejército que nos dará la libertad. Después de que, en octubre, cayera Rivadavia, Federico abandonó su misión en el cuartel de los granaderos, por no tener ya a quién informar de lo que pasaba. Don Anselmo consiguió retirarlo de la milicia y reincorporarlo al servicio de la familia Olazábal. Federico dispone, otra vez, de algunas noches para venir a mi encuentro. Hay veces en que no acude, porque alguna obligación, algún contratiempo indeseado se lo impiden. Yo lo espero todas las noches: yo no tengo, nunca, nada que hacer.

Mayo de 1880. Tercer desembarco

Todo aquí me es ajeno, empezando por la lengua. Esta ciudad queda lejísimo, pero sus habitantes parecen no saberlo, y hasta se diría que creen en la grandeza de los palacios que recién acaban de construir. El río es curioso: desde una orilla, no se ve la otra. Bastaría con eso para hacerlo atractivo, pero su color indefinido no lo favorece. Apenas esta mañana llegamos al puerto de Buenos Aires, y ya mismo me pregunto si no debí proceder como mi hermana, que decidió quedarse en Francia y evitarse un viaje tan largo. Esta ciudad es muy extraña, sobre todo donde las avenidas y los edificios tratan de copiar a las ciudades europeas.

Lo más raro de todo es que vengo aquí y en nada me reconozco, pero tampoco puedo decir que me daría lo mismo estar en Buenos Aires que en Río de Janeiro o en Caracas. Mis abuelos se casaron en esta ciudad, aquí vivió mi madre hasta cumplir los ocho años, aquí nació mi hermana. Yo nunca hubiese venido a parar a esta región tan distante, ni siquiera a la hora de emprender un viaje por el mundo. Y sin embargo, estoy en Argentina, porque mi abuelo es en este país un verdadero héroe.

Llegamos esta mañana, y en el barco traíamos la urna con sus cenizas. Nos recibieron con todos los honores. En medio de los cañonazos, que parecieron sacudir las aguas mansas del río, alguien dijo que mi abuelo había sido un auténtico mártir y que sus restos debían venerarse como una reliquia sagrada. Piensan ponerlos, por lo que sé, en una nave de la iglesia catedral. El presidente de la nación asistió a la breve ceremonia que se hizo en el muelle esta mañana. Soplaba viento, pero no hizo frío.

Ahora se desarrolla otro acto, el principal, en una plaza grande y arbolada. Me dicen que cerca de este lugar, que se llama del Retiro, estaba el cuartel del regimiento en el que comenzó mi abuelo su carrera militar en América. Nos quedamos todos contemplando una estatua suya que hay en la parte más alta de la plaza. Se lo ve joven, montando a caballo y vestido de militar. Señala a lo alto. No parece mi abuelo; y me resulta casi increíble que en este lugar, al que lo más probable es que yo nunca regrese, quede para siempre esa figura suya, tan lejos de mí.

Hay un largo discurso que escuchamos de pie. El que pronuncia el discurso conoció a mi abuelo en Grand Bourg, hace años, cuando yo era muy chica, y se ve que quisiera más que nada contarnos ese encuentro. Se da importancia cuando habla, se nota que fue presidente del país. Enfatiza lo valioso que es que las cenizas de mi abuelo se encuentren por fin en suelo argentino.

Tardo poco en dispersarme: me aburren los largos discursos. Miro un rato las ramas ya despojadas de los árboles de esta plaza, con la mente en blanco. Luego dejo que me distraigan los vestidos exagerados de las damas de sociedad. Hay también muchos militares y muchos ex militares; algunos me miran de reojo, procurando que yo no lo advierta. Me divierte sorprenderlos y obligarlos a apartar la vista con un disimulo torpe. Me examinarían con una lupa, si pudieran, sabiendo que soy la nieta del general San Martín, y se acercarían también a ofrecerme sus mejores elogios, si su pronunciación del francés no fuese una calamidad.

Pero en medio de estas melindrosas miradas que se hacen a un lado, hay una que, lejos de apartarse, parece hacerse más intensa cuando se cruza con la mía. No es una mirada rencorosa o desafiante, tampoco es la mirada del curioso o del seductor. Más bien parece la mirada que es propia de los que recuerdan algo: lo que no entiendo es por qué motivo esa mirada se detiene en mí.

Sé reconocer a los militares y a los ex militares, y este hombre no lo es. No es un hombre distinguido tampoco, y por eso me resulta más difícil determinar qué es lo que hay en él que me cautiva. Tiene unos setenta y cinco años, tal vez incluso ochenta, pero sus ojos negros y fijos arden como los de un joven. Continúa durante un largo rato el discurso del ex presidente, y en todo ese tiempo no deja de mirarme. Dudo que alguien me haya mirado así alguna vez.

Inquieta, me acerco a uno y a otro de los pocos conocidos que tengo aquí a mi alcance. A todos les pregunto lo mismo: quién es ese hombre que no deja de mirarme. A todos les pregunto lo mismo, hablando en voz baja para no interferir en el discurso: quién es ese hombre. Y todos me responden exactamente lo mismo: que no me preocupe, que no es nadie.

Fragmentos de 'El libertador', relato de *Una pena extraordinaria* de Martín Kohan (Simurg 1998).



supe que era yo la elegida para esposa del coronel. Mi padre me lo dijo una tarde, tomando mis hombros con sus dos manos, y yo no pude siquiera sonreír, aunque comprendí que era eso lo que se esperaba que hiciera. Advirtiendo, sin dudas, mi contrariedad, habló mi padre sobre los favores de esa unión: San Martín era un militar prestigioso, llamado a destacarse en la guerra y en la política, correcto en el trato, agradable y prudente. Se esperaba, lo sé, que yo dijera algo, aunque más no fuera por pura formalidad; pero me quedé callada, sin poder alzar la vista. Entonces mi padre agregó que este matrimonio era más que auspicioso para los Escalada, y sin decir nada más, ni esperar que yo lo dijera, se levantó y se fue.

Voy a confiarle, y Dios me perdone, que en algún momento, desesperada por cierto, llegué a imaginar que bastaría con que Federico le advirtiera a Rivadavia que San Martín era un traidor, que lo involucrara en una sorda conspiración que no tendríamos más que inventar, para que la carrera del coronel se estropeara, y en su caída y su desprestigio se acabaran también los planes de matrimonio. Sé que no había futuro para Federico y para mí, pero no por eso conseguía resignarme a la idea de la unión con otro hombre. Federico tenía quince años apenas, y era nada más que un criado: sé que sólo para mí todo eso carecía de importancia.

San Martín estaba urdiendo sus planes, por supuesto, y no precisamente planes que favorecieran a Rivadavia, como quedó más que demostrado después de los hechos que ocurrieron en octubre. Federico registraba sus entrevistas con Alvear, y sabía incluso que había problemas entre ellos. A mí fue poco lo que me contó. Y yo sólo le pregunté si el coronel San Martín estaba traicionando los intereses de la patria, y le rogué que me dijera la verdad. Federico estuvo un rato en silencio y dijo, finalmente, que, según su opinión, la presencia de San Martín era altamente beneficiosa para el progreso del país, y que mucho se perdería si algo lo apartaba de la dirección de la guerra. Bien sabía Federico que nada habríamos de anteponer al interés de la prosperidad de la nación y que, por lo tanto, lo que estas palabras significaban era que yo debía aceptar la decisión de mi padre de unirme en matrimonio con el coronel San Martín, por mucho que esta resolución afectara mis sentimientos, y que no habría denuncia alguna sobre traiciones o conspiraciones, ni reales ni imaginarias.

Tal vez le resulte extraño a usted pensar que un pobre criado, sin más razón que la de amarme, pudo torcer el rumbo de los más cruciales acontecimientos. Nada de eso tiene importancia ahora, sin embargo, porque los hechos ocurrieron tal como debían ocurrir. El 12 de noviembre me casé con el coronel San Martín; usted estaba ese día en la iglesia: espero que me diga que en mi semblante nada de pena se notó. Las mejores familias de la ciudad concurrieron a presenciar la ceremonia, pero todos los criados se quedaron afuera, con los coches y los caballos, en la plaza o junto a la escalinata.

Apenas si he visto a mi esposo desde entonces: todo su tiempo y su esfuerzo se dedican a la preparación del ejército que nos dará la libertad. Después de que, en octubre, cayera Rivadavia, Federico abandonó su misión en el cuartel de los granaderos, por no tener ya a quién informar de lo que pasaba. Don Anselmo consiguió retirarlo de la milicia y reincorporarlo al servicio de la familia Olazábal. Federico dispone, otra vez, de algunas noches para venir a mi encuentro. Hay veces en que no acude, porque alguna obligación, algún contratiempo indeseado se lo impiden. Yo lo espero todas las noches: yo no tengo, nunca, nada que hacer.

Mayo de 1880. Tercer desembarco

Todo aquí me es ajeno, empezando por la lengua. Esta ciudad queda lejísimo, pero sus habitantes parecen no saberlo, y hasta se diría que creen en la grandeza de los palacios que recién acaban de construir. El río es curioso: desde una orilla, no se ve la otra. Bastaría con eso para hacerlo atractivo, pero su color indefinido no lo favorece. Apenas esta mañana llegamos al puerto de Buenos Aires, y ya mismo me pregunto si no debí proceder como mi hermana, que decidió quedarse en Francia y evitarse un viaje tan largo. Esta ciudad es muy extraña, sobre todo donde las avenidas y los edificios tratan de copiar a las ciudades europeas.

Lo más raro de todo es que vengo aquí y en nada me reconozco, pero tampoco puedo decir que me daría lo mismo estar en Buenos Aires que en Río de Janeiro o en Caracas. Mis abuelos se casaron en esta ciudad, aquí vivió mi madre hasta cumplir los ocho años, aquí nació mi hermana. Yo nunca hubiese venido a parar a esta región tan distante, ni siquiera a la hora de emprender un viaje por el mundo. Y sin embargo, estoy en Argentina, porque mi abuelo es en este país un verdadero héroe.

Llegamos esta mañana, y en el barco traíamos la urna con sus cenizas. Nos recibieron con todos los honores. En medio de los cañonazos, que parecieron sacudir las aguas mansas del río, alguien dijo que mi abuelo había sido un auténtico mártir y que sus restos debían venerarse como una reliquia sagrada. Piensan ponerlos, por lo que sé, en una nave de la iglesia catedral. El presidente de la nación asistió a la breve ceremonia que se hizo en el muelle esta mañana. Soplaba viento, pero no hizo frío.

Ahora se desarrolla otro acto, el principal, en una plaza grande y arbolada. Me dicen que cerca de este lugar, que se llama del Retiro, estaba el cuartel del regimiento en el que comenzó mi abuelo su carrera militar en América. Nos quedamos todos contemplando una estatua suya que hay en la parte más alta de la plaza. Se lo ve joven, montando a caballo y vestido de militar. Señala a lo alto. No parece mi abuelo; y me resulta casi increíble que en este lugar, al que lo más probable es que yo nunca regrese, quede para siempre esa figura suya, tan lejos de mí.

Hay un largo discurso que escuchamos de pie. El que pronuncia el discurso conoció a mi abuelo en Grand Bourg, hace años, cuando yo era muy chica, y se ve que quisiera más que nada contarnos ese encuentro. Se da importancia cuando habla, se nota que fue presidente del país. Enfatiza lo valioso que es que las cenizas de mi abuelo se encuentren por fin en suelo argentino.

Tardo poco en dispersarme: me aburren los largos discursos. Miro un rato las ramas ya despojadas de los árboles de esta plaza, con la mente en blanco. Luego dejo que me distraigan los vestidos exagerados de las damas de sociedad. Hay también muchos militares y muchos ex militares; algunos me miran de reojo, procurando que yo no lo advierta. Me divierte sorprenderlos y obligarlos a apartar la vista con un disimulo torpe. Me examinarían con una lupa, si pudieran, sabiendo que soy la nieta del general San Martín, y se acercarían también a ofrecerme sus mejores elogios, si su pronunciación del francés no fuese una calamidad.

Pero en medio de estas melindrosas miradas que se hacen a un lado, hay una que, lejos de apartarse, parece hacerse más intensa cuando se cruza con la mía. No es una mirada rencorosa o desafiante, tampoco es la mirada del curioso o del seductor. Más bien parece la mirada de los que es propia de los que recuerdan algo: lo que no entiendo es por qué motivo esa mirada se detiene en mí.

Sé reconocer a los militares y a los ex militares, y este hombre no lo es. No es un hombre distinguido tampoco, y por eso me resulta más difícil determinar qué es lo que hay en él que me cautiva. Tiene unos setenta y cinco años, tal vez incluso ochenta, pero sus ojos negros y fijos arden como los de un joven. Continúa durante un largo rato el discurso del ex presidente, y en todo ese tiempo no deja de mirarme. Dudo que alguien me haya mirado así alguna vez.

Inquieta, me acerco a uno y a otro de los pocos conocidos que tengo aquí a mi alcance. A todos les pregunto lo mismo: quién es ese hombre que no deja de mirarme. A todos les pregunto lo mismo, hablando en voz baja para no interferir en el discurso: quién es ese hombre. Y todos me responden exactamente lo mismo: que no me preocupe, que no es nadie. ■

Peces en carrera

Todo, absolutamente todo es competencia: hombre contra computadora, computadora contra computadora... y hoy lo más extraño es ver compitiendo a un hombre contra un hombre. Para demostrar que el campo de las lides deportivas ha roto todo tipo de barrera animal o de especie, le mostramos aquí una carrera entre... peces. Sí, así como lo escucha. Si quiere averiguar quiénes compitieron, sus nombres, sus casacas y sus puestos de llegada, válgase de su lógica sin ahogarse en un vaso de agua.

1. Branquio lucía una brillante casaca verde.
2. La mojarrita no llevó casaca marrón.
3. El pejerrey quedó ubicado en un puesto par, y Acuos, mejor ubicado también.
4. El bagre, de casaca celeste, quedó ubicado dos puestos detrás de Burbus.
5. El competidor de azul (que no era mojarrita ni salmón) salió tercero.
6. Escamo, que odia el marrón, al día de hoy sigue mostrando el trofeo de ganador.

		NOMBRE					CASACA					PUESTO				
		Acuos	Aletis	Branquio	Burbus	Escano	Azul	Celeste	Marrón	Roja	Verde	1º	2º	3º	4º	5º
PEZ	Bagre															
	Mojarrita															
	Pejerrey															
	Salmón															
	Tararira															
PUESTO	1º															
	2º															
	3º															
	4º															
	5º															
CASACA	Azul															
	Celeste															
	Marrón															
	Roja															
	Verde															

PEZ	NOMBRE	CASACA	PUESTO

Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
7	0	5	6	1	0
6	2	9	5	0	1
8	1	2	9	0	1
3	6	1	7	1	2

B

				B	R
				4	0
4	0	5	7	0	2
5	6	0	3	0	0
9	6	3	4	2	0
6	7	8	0	2	0

C

				B	R
				4	0
3	8	5	1	0	2
6	1	8	3	2	0
6	7	0	5	2	1
9	3	8	7	1	0

D

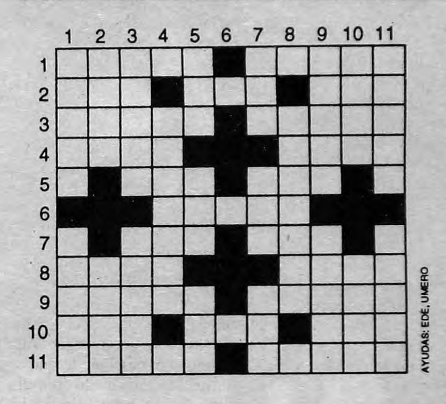
				B	R
				4	0
2	5	4	1	1	0
5	3	6	8	2	1
6	1	9	7	1	0
5	0	7	4	0	1

E

				B	R
				4	0
9	7	1	0	1	0
4	2	3	9	0	2
1	9	8	4	1	1
4	2	7	0	1	1

IMPORTANTE:
Para llegar a buen término en la resolución del "Número oculto" hay que tener en cuenta que puede darse el caso de encontrar tres de los cuatro dígitos que forman el número misterioso y no dar con el restante ya que éste no es ninguno de los dígitos que intervienen en los números-pista. En ese caso, hay que buscar cuál es el dígito que no forma parte de dichos números-pista. Si se trata de un único número ausente, ése será el cuarto dígito buscado.

Ortodoxo



AYUDAS: EDE, UMERO

HORIZONTALES

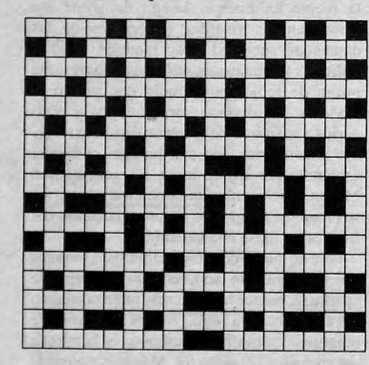
1. Del oso./ Membrana que obstruye parcialmente la vagina de las vírgenes.
2. Abreviatura de "número"./ Población y puerto de Perú./ Ciudad de Holanda, en la provincia de Güeldres.
3. Imaginar, inventar./ Estar tendido.
4. Conjunto de cantores./ Mudó de rumbo una nave.
5. Aféresis de ahora./ Carril, riel.
6. Trabajo que se presenta para lograr un grado académico.
7. Palabra usada para pedir repetición./ Apócope de tanto.
8. Taco de hojas para escribir./ Fuerte, resistente.
9. Quitar./ Torpes, tontas.
10. El ser individual./ Decimoséptima letra del alfabeto./ En esgrima, embestida.
11. Negación enfática./ Del sol.

VERTICALES

1. Variedad de ágata./ (Enrique) Dramaturgo noruego, autor de "Casa de muñecas".
2. Arrojo sudor por los poros de la piel./ Gran embalse de agua.
3. Arbol: omero./ De boca grande.
4. Relativo a la aorta.
5. Percibir los sonidos./ Vocal en plural./ Cabeza de ganado.
7. Actualmente, ahora./ Abreviatura de "vitivinicultura"./ Segunda letra del abecedario (pl.).
8. Anunciado.
9. Movía, balanceaba./ En edad de casarse.
10. Río de Alemania./ Ensenada.
11. Emperador incendiario romano./ Servir de modelo a pintores o fotógrafos.

Cruzex

Acomode las palabras de la lista en el diagrama, de manera que se crucen correctamente.



4 Letras
Arte
Juno
Limo
Maní
Nora
Ocio
Olla
Orar
Orbe

5 Letras
Abren
Agape
Argot
Comer
Cueva
Galos
Incas
Liras
Lupus
Mamut
Nadir
Natal
Nurse
Opone
Parto
Primo
Ruana
Tacon
Talar
Tarde
Tarso
Uncir

6 Letras
Arroja
Collar
Cráter
Cristo
Emisor
Olvida
Ultimo

7 Letras
Celeste
Esperma
Fuñique
Mercado
Rentara

8 Letras
Arrecife
Atrición
Importar
Mariscal
Monseñor
Osteítis
Responda

9 Letras
Ausencias
Esperaron
Resquemor

Soluciones

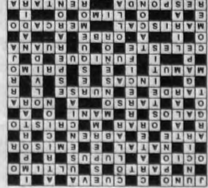
Ortodoxo



Peces en carrera

Bagre, Aletis, celeste, 5.
Mojarrita, Escamo, roja, 1.
Pejerrey, Branquio, verde, 4.
Salmón, Acuos, marrón, 2.
Tararira, Burbus, azul, 3.

Cruzex



Número oculto

A. 4316.
B. 9784.
C. 6085.
D. 6348.
E. 3480.